



Domingo Melfi

PANORAMA LITERARIO CHILENO

LA NOVELA Y EL CUENTO

Este trabajo fué escrito por su autor para *La Nación* de Buenos Aires y apareció en la edición que ese diario dedicó a Chile con motivo del 18 de Septiembre último. Pero en esa oportunidad se publicó con tantas supresiones y afeado por tantas erratas, que hemos juzgado oportuno solicitar del señor Melfi este trabajo para *Atenea*. Esta es, pues, la primera publicación integral que se hace en Chile de un estudio que ha merecido elogios de importantes escritores del país y de la Argentina.

LA aspiración de crear una literatura eminentemente nacional comenzó en el llamado de Lastarria a la juventud de 1842. Es célebre su discurso pronunciado el 3 de Mayo de ese año en la inauguración de la Sociedad Literaria. Pedía el autor de *La América* el abandono de las formas literarias imitadas de los españoles, para dedicar el esfuerzo a la exaltación de los valores autóctonos, porque según expresaba

no hay sobre la tierra, pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda.

José Joaquín Vallejos (Jotabeche) es el primero que realiza las ideas del solitario Lastarria; pero en pequeños esquemas, en trazos fugitivos, en cuadros irónicos. Jotabeche enfoca el tipo del provinciano, del cangallero o del chismoso o bien describe los paisajes sequizos y desolados del Norte minero. Siente la tierra, las cosas de la tierra y las anima en sus cuadros, con el soplo de un humorismo un poco amargo. Hay luego un período desértico, inhospitalario como las tierras norteñas. Período de tanteos políticos. La generación de 1842 sucede a los días agrios de Portales. Portales ha hecho la república, la ha plasmado después de la independencia, la ha extraído del torbellino de las asonadas militares. Pero el fantasma no ha desaparecido. Empieza el idealismo político, la vida azarosa de los tribunos. La juventud traza gestos románticos en los clubs secretos, en las asambleas revolucionarias. La voz de Lastarria, como los ríos del desierto, desaparece bajo las arenas ardientes de la prédica y el sobresalto. Son los días del decenio de Montt. Los días del afianzamiento y del hacerse hombres en el hervor de las pasiones políticas.

Por fin, tras de Jotabeche, primer criollista, aparece Blest Gana, el novelador de los últimos restos coloniales y de la emancipación. Blest Gana revive los períodos turbulentos de la independencia. Los revive en unidad y en totalidad. No le interesan las formas exóticas ni los moldes europeos, aún cuando el romanticismo arrecia en las estrofas de los poetas como Lillo y Matta. El es retoño de la tierra, impregnado del aroma de las cosas viejas que lo rodean. Se esfuerza, y a menudo lo consigue, por captar el espíritu de la nacionalidad que se rehace, después de tantas alternativas difíciles. Su pupila penetra en los días un poco lejanos de la Patria Vieja y yergue de nuevo a los héroes voluntariosos, enérgicos y socarrones. Luego traza los cuadros admirables de la vida santiaguina del siglo pasado en la que todavía bosteza la Colonia. Una época entera se domina desde lo alto de sus novelas. Una sociedad típica, primitiva, sencilla, un poco hermética. *Martín Rivas*, héroe de la clase media, está a las puertas de Santiago. Va a conquistar la ciudad que absorbe al modo de un miraje las ilusiones del provinciano. Ya la provincia ha vuelto la cabeza hacia la ca-

pital, que es el cerebro, el cauce, la vida. Blest Gana fija, pues, en ese tipo de una de sus mejores novelas, la norma a que va a ceñirse toda una legión de novelistas posteriores.

Luis Orrego Luco en *Un idilio nuevo*, Emilio Rodríguez Mendoza en *Cuesta arriba*, Fernando Santiván en *El crisol*, Juan Barros en *El zapato chino*, Augusto Millán en *Los desarraigados*, plantean los conflictos sociales o psicológicos que la aparición del hombre mediócrata provoca en las clases aristocráticas. Como en todas las democracias indo-españolas una clase nutrida en los encomenderos, en los oidores, en los capitanes de la independencia, en los terratenientes, contiene las audacias del hombre de esfuerzo que aspira a fundirse con ella, conquistándola por la riqueza o el talento. La provincia es la reserva de lo noble, de lo entero. Mientras en la capital las corrientes cosmopolitas o la sujeción a los modelos mal digeridos de las sociedades europeas, alteran la serenidad y la pureza de la vida social, las provincias alejadas o aisladas, renuevan su vigor en los luchadores silenciosos que acumulan riquezas por la explotación de las tierras o de las empresas industriales. A veces crisis económicas profundas abaten a las grandes familias patricias. Las tierras pasan a manos de los hombres oscuros, enriquecidos, elaborándose así, como en un crisol, la mezcla y la fusión de las sangres. Las clases aristocráticas fundan su señorío sobre la generosidad de la tierra que les pertenece. Los grandes fundos representan la tradición y el broquel, la sangre y la energía de los grupos sociales de selección. Sin embargo, fenómenos sociales, políticos o psicológicos inevitables, penetran poco a poco el organismo aristocrático y lo descomponen. La riqueza fabulosa del salitre, por ejemplo, que improvisó tantas fortunas, provocó una aguda crisis moral porque alteró profundamente el ritmo noble de la vida. Hizo los arrivistas y los derrochadores. Creó ese tipo del político mediocre, que se convirtió luego en legión, y que podía adquirir fácilmente un sillón parlamentario con sólo extender un cheque y al que nada le importaba la suerte del país. Satisfacía, en cambio, su vanidad y sus apetitos. Anegó en dinero la capital. Lo redujo todo a materia. Penetró en el fondo de las familias tradicionales y arrojó en ellas ese vértigo de goces y de ostentación que es el comienzo de las disgregaciones morales. Bruscos estallidos extraños de la sangre, cuyo origen es preciso rastrear en la colonia, produjeron tipos de una flora degenerada, indolentes y sensuales, incapaces de mantener la unidad y el vigor de sus antepasados.

Un novelista chileno de los mejores, Luis Orrego Luco, ¡ha

trazado, con aguda visión psicológica el cuadro de ese momento inicial de la decadencia aristocrática en que los resortes más firmes se vencen y saltan, al fin, destrozados por la presión de fuerzas negativas que trabajan en su seno. *Casa grande*, la novela a que nos referimos, provocó una verdadera tempestad social, justamente, porque pintaba a lo vivo los medios sociales en los que apuntaba ya ese verde jaspeado de la decadencia de que habla Gautier.

En realidad el tipo de novela *Casa grande* no ha tenido hasta hoy continuadores en la literatura chilena. Los escritores que pertenecen a la generación de 1900 se desviaron, unos hacia el naturalismo imitado de Zola y otros hacia la pintura del campo. Augusto Thomson en la novela *Juana Lucero* intentó la pintura del ambiente de una casa de prostitución, siguiendo el método de Zola, pero abandonó bien pronto esa tendencia. Thomson, temperamento fuerte y absorbente, dominó en la generación de 1900. En su naturaleza literaria hay una mezcla de ensueño y de realidad que imprime a sus producciones un sello inconfundible. Su estilo sensible evoca las brumas de oro sobre un mar cargado de nostalgia. Parece siempre el viajero que regresa de los dominios más extraños del espíritu. Flota en sus páginas la inquietud de un marino nórdico, el aroma enervante de las tierras calientes de la India y el prestigio misterioso de no se sabe qué extraños cruzamientos de raza. Thomson ya no parece un escritor chileno. El dominio de la errancia le ha llevado a soñar en todos los climas y quizá se ha desvinculado para siempre de estas tierras. Pero hasta hoy su libro *La sombra del humo en el espejo*, sus cuadros del Perú y las páginas escritas en Chile, son de lo más perfecto que ha salido de su pluma.

Federico Gana es el iniciador del cuento campesino. No dejó una obra considerable sino unos pocos cuentos breves, sobrios, impregnados de frescura y de la melancolía fatalista del hombre de campo. Su esfuerzo era corto, contenido, como si estuviera siempre en trance de realizar la obra que soñaba. Llevó vida de gran señor, viajó por Europa y sólo de tarde en tarde daba a la publicidad esos *días de campo* en los que los tipos parecen los mayordomos o los peones de su fundo. Leyéndolos se evoca al hombre que toma la escopeta, monta en el caballo que le tienen preparado y llamando a su perro, se va de caza. Cruza los caminos bordeados de álamos, se interna en los potreros alfalfados o en los rastrojos de las viñas y de pronto tropieza con los tipos humildes que van a animar las páginas de sus bellos relatos. El señor escucha las confidencias de los

peones. A veces sonríe, a veces se conduele. Está siempre montado en su caballo y el peón o la mujer del inquilino hablan levantando a veces el rostro hacia el amo compasivo. . . .

Esta actitud es distinta de la de Baldomero Lillo. Lillo desciende hasta el hondor de las luchas y de las angustias de los mineros. Lillo ha luchado con la vida, ha sido forjado en pruebas duras. Es una vida sombría, inquieta, dolorosa. Por eso no vacila. Se interna por los dédalos oscuros, horada los ásperos espíritus y sorprende el secreto de esas existencias. Esta vez, el escritor a la manera de Gorki o Dostoyevski, sufre con sus héroes la vida sofocante del laberinto subterráneo. Lillo incorpora al cuento criollo que acaba de nacer, la angustia con que la realidad ha hecho gemir su propio corazón. Y luego la fuerte piedad por los que sufren. . . . *Sub Terra* es el libro típico de este autor.

Pero el campo es lo que con más fuerza atrae a los novelistas y cuentista chilenos. Aún cuando influyen sobre ellos, especialmente en los de la generación de 1900, Bret Harte, Maupassant y Gorki, el cuento no pierde sus características de cuadro criollo. Esa generación es no sólo la que crea el cuento y determina un vigoroso movimiento literario, sino además la que se siente animada por un recio espíritu nacional. No se imita tanto la manera de los escritores extranjeros, como la intención de realzar las circunstancias típicas de la tierra. Cada cual aporta sus elementos, sus experiencias personales. Casi todos han vivido largas etapas campesinas. Unos en el norte, otros en los valles centrales, algunos en el sur. Casi podría decirse que estos escritores descubren el paisaje. Es un deslumbramiento, quizá semejante al que sufre el hombre sensible de la ciudad, que de improviso se pone en contacto con la agreste belleza de los rincones montañoses.

En realidad, el campo ofrece a la avidez de los nuevos descubridores los personajes más típicos y las interpretaciones más curiosas. Los anima un mismo afán de exaltación y de piedad ante las luchas estrechas y sórdidas del hombre del campo. Descubren la vida del peón, sus afanes, sus derrotas, sus angustias. Penetran el alma de las heroínas humildes, en las tragedias obscuras y silenciosas del corazón humillado por la codicia y el sensualismo de los patrones. Descubren el vigor, la venganza, la generosidad del hombre de la gleba. A veces su alma cazarra, su espíritu socarrón y bravío, fatalista y resignado. Siguen las huellas de los bandoleros a través de los cañones cordilleranos, se embriagan en los horizontes luminosos

de los valles. Es un ansia de captar, de absorber las circunstancias más características. Así surgen *Escenas de la vida campesina* de Rafael Maluenda, los cuentos naturalistas de Guillermo Labarca Hubertson, *Palpitaciones de vida* y *En la montaña* de Fernando Santiván, *Páginas chilenas* de Joaquín Díaz Garcés, *Cuentos del Maule* de Mariano Latorre. Un poeta, Carlos Pezoa Velis, rima en versos vigorosos este mismo fervor por las cosas campesinas. Esa generación que de un modo tan vivo había comprendido el campo, no podía dejar de tener un poeta. Lo tuvo y fuerte, vertebrado, musculoso. En sus estrofas de áspero sabor criollo, la raza perfila su fondo trágico, sus paisajes bravíos, su extraño fatalismo. La obra puramente chilena de este poeta es apenas como un lampo; pero en las pocas interpretaciones que logró componer del alma autóctona, hay la verdad y la belleza del que penetró muy hondo en sus inquietudes.

De esa generación que contó además, con poetas tan puros como Pedro A. González, Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Diego Dublé Urrutia, Ernesto Guzmán, Antonio Bórquez Solar, Max Jara, Jorge González, Francisco Contreras, Samuel Lillo, Jerónimo Lagos, Pedro Prado, algunos se han dispersado hacia otras corrientes, creando sus obras con independencia del concepto exclusivamente criollo y otros mantienen la tarea de exaltarlo ahondando cada vez más en sus características. Aunque en breves líneas nos referiremos a la obra de cada uno.

Santiván, después de novelar estados de alma complicados en su libro *Ansia*—novela de la ciudad—, regresa a las fuentes primitivas con *La hechizada*, relato breve, fresco, sobrio, en que pinta escenas bravías del campo con un vigor inusitado. Guillermo Labarca Hubertson, en su pequeña novela *Mirando al océano*, compuesta según los métodos maupassanianos, evoca la vida de un conscripto en un fuerte del Sur: trazos simples, perfiles vigorosos, un rumor ancho de vida aprisionado en la brevedad de páginas verdaderamente maestras. Rafael Maluenda en *Venidos a menos*, en *La pachacha*, en *Los ciegos*, en *La señorita Ana*, desarrolla sutiles esquemas psicológicos, en un estilo lleno de sugerencias. Pedro Prado, uno de nuestros artistas más puros, traza en la novela *Alsino* un símbolo en el que se mezclan la realidad chilena, en fuertes evocaciones del campo y el idealismo. *Alsino* es la novela poemática de la ascensión espiritual; la elevación del hombre inculto que se transfigura por el contacto de las bellezas adyacentes, se embriaga de amplitud y de pureza pero al que la vida externa, dura

y contradictoria, combate sin piedad. Leonardo Pena construye símbolos inquietantes a la manera de Maeterlinck, profundiza en oscuros análisis introspectivos, y en un estilo recio y transparente describe en sus novelas extraños episodios de la vida amorosa. Más que novelas, parecen los monólogos de un alma atormentada. *Biblia profana* y *La actitud secreta de la soledad* son sus libros más típicos. Eduardo Barrios en *Un perdido* describe los ambientes del norte y de la capital, como decoraciones para animar los cuadros de la psicología de un tímido. En *El hermano asno* purifica su estilo y penetra en las vidas simples y suavemente atormentadas de los monjes franciscanos. Januario Espinosa en su novela *Cecilia* describe con admirable sencillez un suave drama rústico. *Cecilia* es de las más bellas novelas del campo y Espinosa el escritor que emplea menos recursos efectistas para interpretar la realidad. Su última novela *La señorita Cortés-Monroy* es un cuadro de la vida provinciana, muy bien logrado en su ambiente de quietud, de uniformidad y de monotonía.

Mariano Latorre es el escritor de esa generación que ha trabajado con más unidad y continuidad en las interpretaciones campesinas. Es quizá el más vigoroso y el que ha profundizado con más energía en la pintura de ambientes exclusivamente chilenos. El escenario gigantesco de la cordillera con sus héroes anónimos, con sus puesteros y bandidos y sus maravillosas bellezas, está aprisionado en su libro de cuentos *Cuna de cóndores*, hasta hoy su libro más completo. Su novela *Zurzulita* es un relato agreste de los cerros de la costa. Ambiente sequizo, cerros bajos, valles encajonados entre cordones de montañas hirsutas. La vida misma parece aprisionada y deprimida entre esos cerros. Estos dos libros describen, con poderosa fuerza, dos escenarios distintos de montaña. Sin embargo, el paisaje cordillerano vibra en las páginas como en la luz esplendorosa de sus cañones y de sus cresterías salvajes y el paisaje de los cerros costeños es duro, gris y calvo como las almas del rincón que pinta. *Ully* es la novela del sur, un aspecto aunque incompleto de las regiones colonizadas por los alemanes. Latorre aspira a encerrar en libros sucesivos, las distintas regiones chilenas. *Chilenos del mar* contiene hombres y circunstancias del mar y *Mapu* que será editado en una fecha próxima es la novela de los bosques del Sur. Estos libros son como los sillares de una construcción en que el autor intenta abarcar el panorama total del país.

Joaquín Edwards Bello en su novela *El roto* describe los ambientes bajos y sombríos del hampa social. Sus héroes na-

cen en una casa de prostitución cuya pintura descarnada, escueta, de trazos firmes, recuerda la manera de Baroja en su trilogía *La lucha por la vida*. En novelas posteriores ha abandonado esa línea para derivar hacia una especie de cosmopolitismo en el cual ha dado relatos tan bellos como *La muerte de Vanderbilt* y *Cap Polonio*, de ambiente de transatlánticos. Últimamente ha publicado *Un chileno en Madrid*, novela de la vida madrileña de barrio bajo, llena de movimiento y de color. Plumas españolas de renombre han dado de ella juicios elogiosísimos. Edwards Bello es por encima de todo un investigador de la realidad social, un espíritu inquieto, nervioso, profundamente enamorado del problema social de su tierra y de un sentido crítico muy certero. Manuel Rojas, autor de *Hombres del Sur*, procede en sus cuentos un poco a la manera de London. Es un descriptor lleno de fuerza, de dinamismo, de voluntad enérgica. *Hombres del Sur* encierra algunas visiones del campo chileno y el perfil de tipos de aventureros que viven al margen de la ley, pintados en forma muy vigorosa. La vida de Rojas ha sido dura y difícil. Sus creaciones tienen el sello inconfundible del hombre que ha vivido en medio de la dolorosa realidad. Sus relatos son ágiles, sueltos, movidos. Es en la generación nueva uno de los más firmes valores. Carlos Acuña es un criollista de cepa. Fresco, sano, sencillo. La realidad chilena, la realidad de la vida campestre está captada en su más pura expresión. Acuña deja una sensación de optimismo. Es un escritor para el cual el campo tiene una profundidad nueva y siempre maravillosa. *Capachito* y *Mingaco*, dos de sus libros, son expresiones bien originales del criollismo. González Vera en su libro *Vidas mínimas* es pintor de la existencia gris del conventillo chileno. Una realidad sin exaltaciones, pero honda y triste. En *Alhué, estampas de una aldea* describe la vida de un pueblo, en aspectos simples, impregnados de ironía. González Vera tiene un estilo diáfano, expresivo, elegante, matizado de sugerencia. Genaro Prieto es un humorista. *Un muerto de mal criterio* y *El socio* lo han revelado como un buen novelista de esta escuela, en realidad muy poco difundida en Chile. *El socio* obtuvo un gran éxito de librería, muy justo por otra parte, pues los episodios que componen el libro toman fuertemente al lector. Alberto Romero es un novelista de las vidas rotas y desarticuladas. Sus libros *Memorias de un amargado* y *La tragedia de Miguel Orozco* describen caracteres incapaces de reaccionar contra el medio y a los cuales la vida vence y destroza. Es un autor un poco pesimista. Salvador Reyes es un admirable evocador de los ambientes de puerto. Su manera recuerda

un poco a Thomson. Es un imaginativo que construye bellos episodios fantásticos, llenos de movimiento y originalidad.

La novela y el cuento de Yáñez Silva se singularizan por su romanticismo y por el análisis psicológico que se intenta en ellos, de tipos a menudo atormentados por fugaces penurias. En general su labor más considerable pertenece al teatro en el que ha llegado a adquirir un singular dominio de técnica. Marta Brunet es un caso extraordinario en las letras chilenas. Surge de improviso con un libro de áspero sabor campesino, *Montaña adentro*, que la coloca en uno de los planos más destacados por su aguda visión del tipo montañés, por la fuerza con que realza los aspectos típicos de la tierra. *Bestia dañina* confirma más tarde la impresión favorable de la crítica ante su primer libro. Sady Zañartu es el evocador de los ambientes coloniales. En sus libros revive todo el pasado enfosquecido, no sólo en la reconstrucción minuciosa de los detalles, sino en la contextura de los tipos que animan sus episodios. *La sombra del Corregidor*, su última novela, junto con *Santa Colonia* de Rodríguez Mendoza, los cuentos de Inés Echeverría y algunas páginas de Díaz Garcés y Díaz Mesa son los únicos intentos valiosos de evocación colonial que tiene nuestra literatura. Luis Enrique Délano, como Salvador Reyes, es un animador de la vida pintoresca y fantástica. Sabe comunicar a sus cuentos una animación real y lógica, por medio de un estilo vivo y ágil. *La niña de la prisión*, su primer libro, obtuvo un lisonjero éxito y desde luego reveló a un escritor de espléndidas facultades. Oscar Lanús y Lautaro Yankas son dos cuentistas nuevos, cuyas producciones autorizan para esperar éxitos futuros indiscutibles.

En la generación actual, la novela y el cuento sufren la excitación de las nuevas corrientes literarias. No les importa tanto lo autóctono como la expresión de estados espirituales sin sujeción a cánones determinados. La actitud del escritor nuevo es de franca rebeldía, de libertad sin límites. Cuentistas y novelistas están de pie, con las antenas vueltas hacia todas las sugerencias y captando en todas las latitudes del espíritu las imágenes, las aproximaciones y los esquemas de la nueva geografía estética. Sólo les interesa lo que llega a tocar profundamente la sensibilidad. La compleja inquietud de la vida actual predispone a los artistas de la generación nueva para no considerar la realidad como tal, sino como camino para una realidad trascendental y no tan fácilmente abordable. Pero hoy el escritor está, parece estar siempre en el mismo círculo que su héroe. No traza círculos de atención objetiva. No describe una realidad adyacente. No puede interesarse por lo episódico,

Sólo la individualidad, el hombre, ocupa el sitio máximo. El poeta mismo—y en todo este panorama sólo nos hemos referido a los novelistas y cuentistas—el poeta, no canta hoy las cosas porque ellas tengan una actitud conformada, sino que las canta como si él acabara de crearlas. Y los novelistas o cuentistas de la nueva sensibilidad prescinden del mundo externo para fijar la posición del hombre ante el mundo. Pertenecen a este rumbo Pablo Neruda, Tomás Lago y Rosamel del Valle, tres mentalidades interesantísimas de hoy.

Sin embargo, lo autóctono no pierde ni puede perder su máxima importancia. Hemos visto cómo los escritores, desde los días difíciles del afianzamiento político, miraron a su tierra para exaltarla. Unos más imperfectamente que otros. Pero todos, movidos por el mismo fervor de potencialidad de la raza. Es lo que nos corresponde en estas democracias, para crear un espíritu poderoso, superior, original, no sometido a las influencias literarias europeas. La nacionalidad sólo puede crearse por el vigor de sus hombres de letras. Mientras más poderosa sea la síntesis de sus creaciones autóctonas, más sólido y vertebrado será el concepto de la tierra en que se vive, y el amor a ella.